

MARVEL

VIUDA NEGRA

SIEMPRE ROJA



MARGARET STOHL

VIUDA NEGRA

SIEMPRE ROJA 

MARGARET
STOHL

MARVEL



© 2020 MARVEL

Todos los derechos reservados

Publicado en España por: Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2020

ISBN: 978-84-16914-77-7

Depósito legal: B. 4.952 - 2020

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



CAPÍTULO 1: NATASHA

**AFUERAS DE ODESA,
CERCA DEL MAR NEGRO...**

Natasha Romanoff odiaba los *pierogi*, un plato tradicional polaco, pero odiaba aún más las mentiras.

No tenía problemas con mentir. Era una necesidad, una herramienta de trabajo. Pero odiaba que alguien le mintiera, aunque la hubieran educado así.

«Todo lo que Ivan decía era mentira.»

Ivan Somodorov, Ivan *el Raro*. No había pensado en él en mucho tiempo, al menos no hasta esa noche.

«Años.»

En ese momento, Natasha estaba colgada del lateral de un almacén de chapa oxidado en Ucrania, junto a un viejo muelle industrial. Hasta la luna parecía una mentira de Ivan.

«Bienvenida a casa, Natashka.»

La luna llena fue lo que le hizo recordar todo. Trepaba mientras

evocaba aquellas palabras, pero ni siquiera Natasha Romanoff, recién designada agente de S.H.I.E.L.D. y exhija de la «Madre Rusia», podía escapar de Ivan Somodorov, de los francotiradores posicionados en cada uno de los tejados cercanos o del alambre de púas de la verja perimetral.

—¿Ves la luna? —le había dicho Ivan cuando era niña—. ¿Ves ese pálido *pirogi* colgando tan bajo en el cielo que parece caer en la olla de agua salada que hierve en la estufa de tu *baba*? —Natasha asintió, aunque, como huérfana de guerra, no recordaba casi nada de su *baba* ni de sus padres—. Con una luna así, tus presas te pueden ver tan bien como tú a ellas. No es una buena noche para ir de cacería ni para conseguir un asesinato limpio. No es una buena noche para desaparecer.

De quien sí se acordaba era de Ivan.

Ivan fue quien la enseñó a manejar un rifle de francotirador ruso y a nunca usar una pistola si no era alemana, preferiblemente una HK o una Glock, sin importar lo que realmente opinara de los alemanes. También la instruyó en cómo cambiar el cargador de un arma de asalto en segundos y en cómo modificar el gatillo para que se rompiera cual cristal. De él, también aprendió a cubrir sus huellas y a ocultarse de las SVR, FSB y FSO, todas las organizaciones legales en las que el KGB se convirtió cuando dejó de ser el KGB. A estas pertenecían los jefes de sus jefes, los grupos para los que trabajaba, pero con quienes nunca debía tener contacto.

Ella había jurado lealtad a esas organizaciones, aunque la negaran. Eran organismos cuyos nombres podían aparecer en periódicos como el *Gazeta*; no como su propio nombre, no como la Habitación Roja, ni como el equipo de Ivan y, especialmente, no como las favoritas de Ivan. *Devushki Ivana*; las chicas de Ivan.

Natasha inspiró profundamente y se columpió de un lado a otro, escalando las paredes oxidadas del almacén del astillero. La dentada

superficie metálica le mordía las palmas de las manos. Era un verdadero milagro que aguantara colgada.

«Un milagro y años de entrenamiento.»

Natasha cerró los ojos y se sujetó con más fuerza. A decir verdad, no necesitaba su traje adhesivo.

«Aunque quisiera soltarme, no podría. No me entrenaron para eso.»

—Te enseñaré mucho más que a matar —explicó Ivan—. Te convertiré en un arma. Serás fría e insensible como una Kalashnikov, pero el doble de peligrosa. Y, solo entonces, te enseñaré a acabar con una vida: cómo, dónde y cuándo hacerlo.

—¿Y por qué? —había preguntado Natasha.

Por aquel entonces era muy joven; de lo contrario, nunca habría preguntado eso. En su infancia, Natasha se había dedicado a esconderse en las sombras. Sola e indefensa, se sentía como un conejo encerrado en una trampa invernal.

Ivan se había reído.

—No por qué, mi Natashka. Nunca por qué. El porqué es para los que tocan la guitarra y para los americanos. Todos tenemos una hora para morir. Y, cuando sea la mía, cuando te envíen a llenar de agujeros mi cabeza, solo asegúrate de no hacerlo en una noche de luna *pierogi*. —Natasha asintió con la cabeza, pero no sabía si hablaba en serio o no—. Eso es todo lo que pido: una muerte limpia. La muerte de un soldado. No me avergüences.

Era su discurso favorito. Lo había dicho mil veces.

Ahora, mientras miraba fijamente la luna *pierogi*, Natasha decidió que se lo repetiría esa noche, cuando por fin lo matara. Justo como él lo había predicho.

«No es un mártir», se recordó a sí misma. «No somos santos. Cuando morimos, nadie nos llora. Esta es la única manera en la que las cosas pueden terminar para nosotros.»

Aunque la noche hubiera estado repleta de cien lunas llenas, Natasha se habría negado a sentir vergüenza o simpatía por Ivan Somodorov. No quería sentir nada por nadie, pero mucho menos por él.

«Porque él no sintió nada por ti.»

Natasha balanceó las piernas en el aire para impulsarse hasta un conducto de aire en el lateral del almacén, desde donde podía tener una vista perfecta del edificio. Sacudió la cabeza. Había visto perreiras abandonadas por la FSB en mejores condiciones.

«No. Letrinas en mejores condiciones.»

Estiró un brazo y, usando la barra de una farola fijada a la pared por encima de ella, se impulsó hacia arriba. Pero la farola se desprendió y cayó al suelo del muelle, debajo de ella.

Permaneció inmóvil.

«*Der'mo.*»

—*Vy slyshite-to?*

Por debajo de ella, un gordo guardia del muelle se acercó al lugar donde había caído la farola. Su rifle aún estaba enfundado a su espalda. Otros dos guardias lo seguían.

«No están entrenados. No son de Ivan, a menos que se haya vuelto descuidado.»

Natasha maldijo mientras trataba de mantenerse pegada a la pared oxidada, escondida en la sombra del tejado de hojalata. Las luces de varias linternas se pasearon por la pared del almacén, apenas a pocos centímetros de ella. Dejó de respirar.

«No oíste nada, *mudak*. Es solo tu vieja letrina cayéndose a pedazos.»

Los guardias se alejaron.

Natasha volvió a respirar. Después se lanzó sobre el alero del almacén y rodó hacia un sucio tragaluz. Sus movimientos eran instintivos, tan automáticos como respirar, parpadear o el latir de su corazón. Con mucho cuidado, se asomó por el cristal roto del tragaluz y,

en unos segundos, analizó todo cuanto ocurría abajo. El interior era oscuro, y solo dos figuras se movían entre las sombras en el espacio central, rodeado de varios contenedores.

Dos figuras. Una grande, otra pequeña.

Pudo ver a una cría, una niña. Cabello rojo, ojos negros. Debía de tener entre ocho y diez años. Para Natasha, todas las niñas parecían iguales. Aparte del resto de huérfanas del Programa, la única niña que había conocido era ella misma. Y ni siquiera ella se había gustado.

La niña apartó la mirada de Ivan, y Natasha se dio cuenta de que estaba llorando. Abrazaba una muñeca bailarina.

«Una muñeca con cabeza de porcelana», pensó Natasha. «Como las que venden en la calle, fuera del teatro Bolshoi.» Ella había tenido una igual, hacía ya muchas vidas.

«¿Yo también te miraba así, Ivan?»

Porque en ese momento, empujando a un lado a la niña de la muñeca, su antiguo comandante, y actual objetivo, dio un paso hacia la luz de la luna.

Ivan Somodorov.

«Lo más parecido que tuve a un padre.»

Natasha se asomó aún más por el tragaluz para poder ver mejor lo que pasaba. ¿Qué estaba haciendo? Estaba colocando algo en la cabeza de la niña. ¿Electrodos? Sin duda. En la sien. Más cables en sus brazos, en sus manos y hasta en sus regordetas piernas.

Un experimento. Entonces los informes eran ciertos.

«Otro de los pequeños experimentos de Ivan. Otra *Devushka Ivana*.»

Natasha no apartó la mirada. No parpadeó ni miró a otro lado. El momento le resultaba demasiado familiar, aunque ella no había estado atada a una silla, sino encadenada a un calentador. Por aquel entonces, Ivan aún no había descubierto los electrodos. Pero daba lo mismo; todo era igual. Ya era suficiente.

Natasha observó la escena durante unos segundos más. Después rodó sobre su espalda para alejarse del tragaluz y se acercó la muñeca a la boca.

—Objetivo confirmado. Dile al MI6 que su seguimiento ha funcionado. La información es correcta.

—Le mandaré una cesta de fruta a la reina. Dios, ¿estás viendo a Ivan *el Raro*? En Londres le llaman «Frankenstein» —resonó la voz de Coulson a través del comunicador en el oído de Natasha—. Experimentos con humanos. ¿En serio está haciendo eso?

Natasha volvió a asomarse por el tragaluz.

—Eso parece.

—¡Está viva! —dijo Coulson, imitando la voz de un científico loco.

Natasha miró la luna *pierogi*. La veía mucho mejor desde allí, tumbada de espaldas sobre el tejado del almacén.

—No le queda mucho tiempo. Voy a entrar.



CAPÍTULO 2: NATASHA

**ALMACÉN DEL ASTILLERO DE ODESA,
CERCA DEL MAR NEGRO...**

M

ientras Natasha Romanoff anclaba el mosquetón al marco metálico del tragaluz, su mente se aceleró. Entró en modo batalla. La adrenalina aumentó y se dejó llevar como siempre, fuerte y rápida, sin disculpas ni arrepentimientos. No lo sintió al desatornillar los paneles del tragaluz ni al desmontarlos de su marco para dejar un espacio por el que pudiera pasar; en realidad, lo sintió justo en el momento en que estaba lista para entrar.

Mientras aflojaba el clip de su cinturón y se deslizaba hacia abajo por una cuerda, pensó en las reacciones obvias de Ivan, después en las lógicas y luego en las menos lógicas; las conocía todas. Era como un juego de ajedrez a una velocidad inaudita, pero, cuando acababa, casi siempre terminaba con Natasha como vencedora.

«Como una Kalashnikov», pensó. «Como una Romanoff.»

«Esta es quien soy. Esto es lo que hago.»

Sus ojos brillaban mientras recorrían cada rincón del almacén.

«Tienes a cinco matones en el perímetro fingiendo que no me están esperando. ¿De dónde has sacado a estos idiotas, Ivan?»

Natasha se dejó caer un metro más para poder ver mejor a su objetivo.

«Sé que me oíste rodar en el techo hacia el tragaluz. Tú me enseñaste. ¿Qué estás tramando?»

Natasha giró 180 grados para poder ver la cara de la niña.

«¿Y qué piensas hacer con ella? Parece realmente asustada. Niña: vulnerabilidad. Entendido.»

Natasha giró un poco más para contar cabezas.

«Gruesos cables que salen de la pared, un fuerte olor a ozono y una cantidad espeluznante de electricidad. Entendido. Intentemos no hacer explotar este lugar.»

Era el momento de efectuar las verdaderas matemáticas de batalla.

«Matón número uno, cerca de Ivan, a la una en punto, en la sombra. Parece ser el único que lleva un arma de mano.»

Arqueó una ceja.

«¿La lleva al estilo mexicano? ¿Acaso no le preocupa la posibilidad de dispararse en los testículos? Eso quiere decir que les ordenaron atrapar me, no matarme.»

Natasha puso los ojos en blanco.

«Buena suerte.»

«El matón número uno no será el primero en atacar. Esperará la oportunidad de un tiro fácil cuando yo esté eliminando al número dos o al tres..., si es que decide atacar. Llegarán desde las siete y nueve en punto, en el momento en que toque el suelo.»

«El cuatro es el más rápido.»

Se fijó en los últimos soldados, escondidos en las sombras.

«El cinco parece más lento, así que tendrá un arma, tal vez un cuchillo. Seguro, un cuchillo.»

«Cuando el número uno vea a los otros cuatro caer, se dará cuenta de que todo ha acabado. Sucumbirá al pánico y buscará su pistola. Míralo, ya ha empezado a sudar. Así que me lo cargaré entre uno y otro. No necesito que me dispare si puedo evitarlo.»

Miró de nuevo el techo.

«Los francotiradores solo son un seguro. Si no, ya me habrían atacado. Es obvio que Ivan quiere hablar.»

Natasha aflojó la cuerda y siguió deslizándose hacia su objetivo. Estaba cerca. Podía ver brillar la calva cabeza de Ivan. Solía rasurarse todos los días para mantener el brillo que tanto le gustaba. Era evidente que seguía haciéndolo. Por un segundo, Natasha se preguntó por qué Ivan estaría sudando.

«¿Sabe que estoy a punto de caerle encima?»

Natasha Romanoff soltó la cuerda y cayó al suelo del almacén con tanto sigilo como una araña, pero no con el suficiente como para engañar a Ivan Somodorov.

—Pequeña Natashka —dijo Ivan, sin apartar la mirada de la niña—. Hay una luna *pierogi*. Si vas a ser tan evidente, la próxima vez mejor toca el timbre. —Un tatuaje con la forma de un alambre de púas le rodeaba el cuello, clara señal de que había pasado tiempo en una cárcel rusa. Por fin miró a Natasha—. Me avergüenzas.

Natasha analizó cuanto pudo de su apariencia: Ivan llevaba una chaqueta de piel barata con varias cadenas que, junto con la sucia camiseta de cuello en «V» le daban un aspecto de mafioso ruso. Suspiró.

—Toc, toc, Ivan. ¿Quién es? S.H.I.E.L.D.

—No entiendo —dijo él con una expresión vacía.

Natasha le golpeó en la cara con toda la fuerza que pudo. Mientras caía hacia atrás, ella se frotó el puño.

—Es un chiste malo —explicó ella.

La niña empezó a gritar, pero Natasha no oía nada más allá del

latido de su propio corazón. No era momento para pensar. Esto era puro reflejo e instinto. Acción y reacción. Adrenalina pura. Memoria muscular. Y los músculos de Natasha tenían una memoria casi perfecta.

Los matones dos, tres, cuatro y cinco cayeron exactamente como ella había planeado. Pero el Matón Cinco había sacado unos *nunchakus* en vez de un cuchillo, y lo hizo con increíble habilidad ninja.

—¿En serio? —preguntó ella, casi impresionada—. Me gusta tu creatividad. —Mientras hablaba, lo atacó con su muñequera y lo mandó a volar con una descarga eléctrica. Para nada al modo ninja.

El Matón Uno logró rozar el gatillo de su pistola, pero no antes de que Natasha le rompiera el brazo con su bota. El disparo falló y el tirador cayó al suelo.

Nadie era mejor que Natasha Romanoff en las matemáticas de batalla.

Ivan Somodorov se dejó caer en una silla junto a la niña y conectó los electrodos a su propia cabeza. La máquina empezó a echar chispas entre ellos. Sonrió y miró a Natasha con la mano sobre la palanca de la máquina.

—Has tardado demasiado. Llevo semanas esperándote, mi Natashka.

Natasha lo miró fijamente en un intento por descubrir si estaba mintiendo o qué significaría si decía la verdad.

«Los matones solo fueron una distracción. El verdadero juego acaba de empezar.»

—¿Vienes a por mí en una luna *pierogi*? —resopló Ivan—. Ni te has molestado en desactivar las cámaras de seguridad. ¿Acaso no te enseñé nada?

—Ojalá —dijo Natasha, dando unos pasos hacia él y apartándose un rizo de la cara.

—¿Cuánto has crecido desde que te tuve en la Habitación Roja! —La forma en que la miraba haría que cualquier otra mujer sintiera escalofríos, pero Natasha ni siquiera parpadeó—. En aquel entonces eras una pequeña *ptenets*, como recién caída del nido.

Natasha lo ignoró. Observaba la máquina que estaba justo entre él y la niña. Estaba clasificada por el ejército ruso como «O.P.U.S.», y era la razón por la que estaba allí, aunque S.H.I.E.L.D. no le había dado todos los detalles. Llevaba poco tiempo en la agencia estadounidense, por eso todavía no le contaban mucho. Lo único que sabía era que estaba ahí para meterle tres balas a su viejo Yoda y llevarse la máquina.

—¿Qué es esa cosa? Parece una pieza de museo. Dicen por ahí que el nuevo truco de Ivan *el Raro* es aún más raro de lo habitual.

Él señaló el O.P.U.S.

—Es vieja tecnología de la Habitación Roja, algo con lo que llevo jugando desde el colapso de la gloriosa unión de nuestros pueblos. El programa, como sabrás, ha conocido tiempos mejores. Pero eso no significa que no podamos llevarnos algunas piezas viejas y sacar un poco de dinero.

—Claro. La última vez que te vi apenas sabías cómo hacerle un puente a un Yugo, Ivan.

—¿Quién quiere un Yugo? Ahora manejo un Prius —dijo, encogiéndose de hombros—. Recluté a varios físicos rebeldes de aquí y allá. Recuerdos de la Habitación Roja. —Sonrió—. Dinosaurios como yo, que intentan evitar su extinción.

—¿Y la niña? ¿Por qué está aquí?

—¿Importa? —respondió él, volviendo a encogerse de hombros—. Otra pequeña e indeseada *ptenets*. —La sonrisa de Ivan se tornó macabra—. ¿Te suena?

Natasha colocó la mano sobre su pistola, asiéndola por la culata.

—¿Eso fui yo? ¿Indeseada?

—No. Tú fuiste un dolor en mi *zadmitse*.

—Respuesta equivocada.

Natasha lo golpeó con ambas muñecas, dejando salir una vez más la picadura de la Viuda de sus muñequeras. Sorprendido por la descarga eléctrica, Ivan se retorció y su cabeza golpeó contra el respaldo de la silla.

Cuando alzó la cabeza, su mirada era la de un loco.

—Siempre roja. Así llaman a las de tu calaña. Por mucho que digas y hagas, tienes de estadounidense lo que yo.

—No soy como tú, Ivan —dijo ella apuntándole a la cara. Le temblaba la mano.

«Solo hazlo. Se lo merece. Debiste hacerlo hace mucho.»

Ivan le regaló una sonrisa maquiavélica.

—Eres una bomba de relojería. —Su cara aún estaba pálida por las descargas eléctricas—. Solo es cuestión de tiempo. No podrás cortar esta cadena, *ptenets*. Ni la mía ni la que te une a la Madre Rusia. —Ivan escupió sangre—. Solo espero estar ahí cuando explotes.

Pero Natasha ya no le escuchaba. Algo iba mal.

«¿Qué está esperando? ¿A qué está jugando?»

Natasha miró a los soldados que bloqueaban la salida, pero, justo en ese momento, Ivan estiró el brazo y agarró la palanca de la máquina.

«Es una señal. Está empezando. Algo está pasando.»

Natasha oyó los primeros disparos al mismo tiempo que él bajaba la palanca. Se lanzó hacia delante, pero los disparos la siguieron, obligándola a acercarse a Ivan *el Raro* y a su máquina, aún más rara. Ella, la niña e Ivan estaban atrapados bajo la lluvia de balas.

Ivan gritó, pero ya era tarde. Acribillaron la máquina, y esta explotó desplegando una nube de humo negro.

Esquivando el resto de balas perdidas, Natasha se lanzó lejos de Ivan y hacia la niña.

—¡Te voy a sacar de aquí! —gritó, levantándola de la silla.

Pero antes de que pudiera hacerlo, una sobrecarga eléctrica salió de la máquina y corrió por los cables conectados a los electrodos. Los cuerpos de la niña y del anciano se elevaron. Como Natasha llevaba a la niña en brazos, ella también se elevó. Por un segundo, Natasha Romanoff, Ivan Somodorov y la niña anónima de cabello rojo quedaron atrapados en una luz azul.

«Esto es lo que él quería. He caído en su trampa. He perdido la batalla de los números. El juego ha acabado. He perdido.»

En ese momento el dolor era tal que no conseguía pensar en otra cosa.

«Clavos», pensó Natasha. «Son como clavos envenenados. Clavos envenenados que se van hundiendo en cada parte de mi cuerpo y de mi mente.»

Nunca se había sentido tan expuesta. Por su mente pasaron varias imágenes, demasiado rápido para procesarlas. Se le estaba sobrecalentando el cerebro, y el dolor era insoportable. Se estremeció. Entonces, la luz azul desapareció, pero solo porque todo lo demás estaba envuelto en llamas. El almacén estaba ardiendo.

Una segunda explosión, mucho más fuerte que la primera, sacudió el lugar. Después, otro estallido. Y otro.

Entonces, Natasha se dio cuenta de que la máquina O.P.U.S. no era un único aparato, sino una colección de generadores. Por la forma en que se produjeron las explosiones, comprendió que cada recipiente contenía al menos una parte de la máquina y que todas ellas estaban conectadas. La onda expansiva sería mucho mayor de lo que esperaba. Mucho, mucho mayor.

«Habrá más muertes.»

Ivan gritó y cayó al suelo, agarrándose la cabeza. Un humo negro brotaba de los electrodos conectados a su sien. ¿Había muerto?

La niña gritó. Natasha no perdió ni un segundo.

Agarró a la cría y rodaron hacia un armario de armamento para esconderse. El último de los electrodos se soltó de la cabeza de la niña. Entonces, le tapó los oídos con sus propias manos mientras el almacén y el mundo a su alrededor se derrumbaban.